

JORGE BRASH

LUZ A PLOMO

Humo ha de ser mi voz cuando este libro
y el viento de sus hojas me desnuden del tacto.
Hoy seré el que pregunta cuánto amor se requiere
para saquear mi océano de memorias.

En la palabra *fuego* ¿se acordará de mí?
Sola, ella jugaba a que eran flamas
las yemas de sus dedos. *No hay eco*, se decía
y callaba por ver si en el silencio
de su sombra perfecta se esbozaba, anhelante,
otra mano. *Hace tiempo*, decía;
*tanto, que la luz me devuelve
la conciencia de aquel estar atada
al implacable gusto de tu boca.*

Así era también como venía
el aliento que impregnaba la ropa,
el sopor de la noche.

Era bueno decir, después de todo,
que no habría más canto si no fuera
por la burda hojarasca del olvido.

Para entonces el aire se afilaba
pervirtiendo en esquinas la razón.
Levantaban el vuelo mis despojos
y se unían de fingida victoria.

No sé si estoy resucitando.
He salvado la sima en que yace su nombre,
inventando una niebla tardía.
Allí se apaga el sol
y las aves, entre el humo y el eco
de sus propios latidos,
tejen su vuelo de raíces
como palabras ágiles que acosadas de lluvia
avivaran meandros y sepultaran pozas.

Puedo verme de nuevo descubierto
por mi propio sudario. No me queda
a la mano sino la música
que me dejó su piel estremecida,
pues si junto palabras,
mis palabras sonámbulas para invocarla
o seducir su sueño más cercano,
al punto me delata esa cadencia
que me imponían los trazos vegetales
de sus miembros dormidos.

Al aire se me iba en las noches más largas
y mis manos pendían como piedras de ausencia.
Otras veces, en medio de la lluvia,
se reía de mí (era yo ignorante
de su índole acuática).

Su inexorable huida me infundía terror
a que la misma luna no me la devolviera
en la marea más próxima.

(Viento en la calle.
Una mujer se detiene sin saberse observada,
con la mirada fija en el vacío.
Al reanudar el paso te ha marcado
como la luz a plomo que ilumina el recuerdo.)

Alta es la noche como alto
era el sol que prendía los jazmines
en la agonía del huerto
y luego abandonó, ya marchitos, sus pétalos.

Hoy llueve como entonces, pero hay algo en la hierba
que no te sabe igual.

¿Son acaso más largas las ramas del tilo?
Su corteza mojada
¿por qué ya no es tan oscura?

Yo no tengo respuesta.
Tan sólo ayer pensaba
cómo sería tenerla cerca de mi asfixia
respirándola a veces
entre una y otra diástole de sueño.

Tan lejos está el mar
que mi horizonte quiebra su memoria
y con él, fracturado, se acerca entre la bruma
ese ocioso cardumen,
ese enjambre indultado que sus dedos,
haciendo a un lado densidades
y pesos específicos, desnudan y dispersan
como si simplemente se tratara
de un polvillo finísimo, de un polen
providencial e ingenuo
y no de la cascada del instinto
que desborda su piel y se demora
hasta que en tensa vibración resuelve
erigirse en pirámide de espasmos.